

ya he dicho, la culta filantropía no consentirá tan horrible caso. Lo más que podrá ocurrir, será que con su desdén orgulloso abatan y hundan en la abyección á los pueblos de que se enseñoreen, y que tal vez, predicándoles y enseñándoles doctrinas religiosas contrarias á la fe católica, sin el esplendor artístico y sin la pompa de sus ritos y con un concepto tremendo y duro de la justicia divina, no templada por la misericordia, entristezcan y desesperen á sus catecúmenos y los hagan morir de aburrimiento. Así presumirán ellos que, sin crueldad, van despejando de razas inferiores la superficie de nuestro planeta para que se extienda por toda ella, crezca y se multiplique la raza superior á que pertenecen.

La extraña teoría de Tiburcio no convenció á Damián de Goes, pero le hizo reír; y si no la halló verdadera, la halló chistosa.

Morsamor, distraído y taciturno, no prestó atención á lo que Tiburcio decía.

Así llegaron á la puerta de la iglesia del Carmen, y, encomendando sus caballos á sendos palafreneros de la Casa Real que los tuvieron de la brida, entraron en la iglesia, donde se hallaban ya el Rey y todo su séquito.

IV

Poco tiempo permaneció Morsamor en la iglesia. Pronto salió de ella acompañado de Tiburcio que le seguía como su sombra.

—Yo no podía estar allí—dijo Morsamor.— Aquel ambiente me sofocaba. Me consideré reo del sacrilegio más espantoso. Fraile perjuro á sus votos imaginé que me arrojaban del santuario aquellos mismos tres ángeles poderosos que armados de azotes y montados en fantásticos corceles, arrojaron del templo de Jerusalén, para que no le profanase, al impío Heliodoro, ministro del rey de Siria.

—Mucho exageras tu pecado y el castigo que merece—contestó Tiburcio.—Te atormentas en demasía. Es muy excepcional tu situación. Tú debes ser también excepcionalmente juzgado. Tu vida de ahora es vida nueva por completo. Tu remozamiento casi es resurrección. Desecha remordimientos vanos. No te tengas por la misma persona que hizo sus votos en el convento de Sevilla. Cree más bien que eres el hijo de aquel fraile, que te engendró antes de entrar en la regla, y hasta que eres el nieto de aquel otro aventurero Morsamor que andaba por el mundo en el reinado de Enrique IV de Castilla.

Morsamor replicó:

—Quiero suponer que tienes razón en lo que dices. Me serenaré; me aquietaré creyéndome otro del que era. Algo hay, no obstante, que me amarga y emponzoña esta nueva vida y me persuade de que soy el mismo: el desdén, el menosprecio con que todos me miran. Con rapidez ha pasado por mi alma, pero dejando en ella doloroso rastro como si fuese metal derretido, un abominable pensamiento. Si yo me hubiese lanzado de súbito sobre ese rey presuntuoso que me desdeñaba, y le hubiese dado violenta muerte, de súbito también hubiera salido yo de la insignificante obscuridad en que me veo y las diez mil voces de la Fama hubieran llevado mi nombre por el mundo todo.

—Menester es—interpuso Tiburcio—que deseches esa ridícula y constante preocupación de que no te hacen caso. El tenerla ha sido hasta hoy causa principal de que no te le hagan. Tal preocupación proviene de sobra de vanidad y de falta de orgullo. Quien anhela que le hagan caso es quien no está seguro de su propio valer. Ora duda de él y quiere que los extraños confirmen y acrediten que le tiene; ora en el fondo de su atribulada conciencia se ve ruin, necio y para poco, y aspira sin embargo á imponerse, engañando al mundo. Al orgulloso, al que hace alta estimación de sí propio, poco ó nada le preocupa la estimación de los demás. Si no le estiman es

porque no le comprenden. Y si le estiman, todo el caso que hagan de él no aumentará en un escrúpulo, en un átomo, la importancia que él se atribuye. En lo antiguo, entre los gentiles, era muy frecuente esa preocupación que tú tienes ahora. Sin duda por el afán de lucirse y de inmortalizarse, así como Erostrato incendió el templo de Diana en Efeso, hubo muchos que, sintiéndose ruines, amaron la celebridad más que la vida, y no por amor á la libertad y á la patria, sino por amor de la vanagloria, dieron muerte á sendos reyes ó tiranos. El gran satírico de Roma lo consigna en sus versos: *Pocos son los tiranos y los reyes que descienden al infierno con muerte sosegada y pacífica y sin violencia ni sangre.* La religión de Cristo ha mitigado este furor de celebridad. Acaso llegue un día en que las creencias sean menos firmes, y entonces movidos los miserables por la sed de nombradía, volverán á intentar ó á perpetrar crímenes que los levanten sobre los demás hombres, aunque sea en el patíbulo. Tiene de bueno la humildad cristiana, que es de todo punto contraria á la vanidad aviniéndose con el orgullo recto y sano. Después de exclamar, con el muy elocuente Obispo de Hipona: *¡Gran cosa es el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios!* ¿quién ha de preocuparse de que en esta baja tierra le hagan ó no le hagan caso? Si ha de consistir nuestra aspiración en ser

perfectos como nuestro Padre que está en el cielo, ¿qué añaden á la suma de lo perfectible las vulgares alabanzas y los honores mundanos? El buen imitador de Cristo se muestra sin duda muy humilde, pero es con relación al Dios que ama y adora. Postrado ante su Dios es despreciable pecador, es vil gusano, pero esa misma humillación le encumbra luego. El humilde Francisco de Asís sube al cielo, y, si hemos de dar fe á la revelación que tuvieron sus hijos espirituales, fué á sentarse en el esplendoroso y elevadísimo trono que dejó allí vacante Lucifer después de su rebeldía. Y no dilato más mi razonamiento. Básteme concluir aconsejándote que no hagas el menor caso de que te hagan ó de que no te hagan caso. La estimación se la da uno mismo sin necesidad de que se la dé nadie. Otras son las mil cosas materiales é inmateriales que están fuera de nosotros y que fuera de nosotros es menester buscar y hallar. Como ejemplo de las inmateriales pongo el amor. Ya encontrarás tú quien te ame. Como ejemplo de las materiales, casi como cifra y compendio de todas ellas, pongo el dinero, y ese le tenemos en abundancia, gracias á la espléndida munificencia del Padre Ambrosio. Alégrate pues, y ten pecho ancho. Ya el Padre Ambrosio, en su previsora sabiduría, habrá dispuesto los sucesos de tal manera que pronto te atiendan, no como fin,

pues basta que te atiendas tú, sino como medio de realizar otros fines.

Aquí llegaba Tiburcio en su singular perorata, cuando salió de la iglesia un viejo venerable, ricamente vestido, como muy principal hidalgo que era. Y parándose delante de Morsamor y mirándole de hito en hito con jubilosa sorpresa, le dijo:

—Soís, señor, el vivo retrato, no sé si de vuestro padre ó de vuestro abuelo, á quien conocí y traté hará ya medio siglo, pero cuya imagen está grabada en mi memoria con rasgos indelebles. Le debí primero franca, leal y cariñosa amistad y después, la vida. Yo me llamo Duarte y soy hijo del heroico Pedro de Mendaña, quien después de la batalla de Toro se mantuvo tanto tiempo en el castillo de Castronuño, contra todo el poder de Castilla. Un valeroso aventurero de aquella nación, cuyo nombre era como el vuestro Miguel de Zuheros, y cuyo sobrenombre de guerra era también Morsamor, fué en aquel castillo mi constante compañero de armas. Audaces correrías hicimos amenudo en el país enemigo. Talamos sus panes, saqueamos alquerías y granjas y volvimos no pocas veces á nuestra fortaleza cargados de botín riquísimo. En una de estas excursiones, que no olvidaré nunca, nos cercó gran golpe de villanos armados y de gente guerrera á caballo. Allí me derribaron del

mío, asaz mal herido, y allí hubiera muerto yo, si Morsamor no me defiende con extraordinario brío. Él pudo rechazar por algunos instantes á los que nos cercaban, ponerme con increíble ligereza á las ancas de su corcel, y huir conmigo á todo escape entre un diluvio de flechas y de balas. Así pudimos refugiarnos en el castillo de Castronuño. Poco tiempo después desalojó mi padre el castillo en virtud de muy honrada y ventajosa capitulación. Siete mil florines cobró mi padre del castellano por el favor que le hizo de abandonar la fortaleza y de volverse á su patria. Entonces nos separamos de Morsamor que se quedó en Castilla. Como yo le debo tanto, jamás he podido olvidarle, aunque no volví á verle ni á saber de él después. Ya en aquella época era él, sin duda, de mayor edad que tú ahora. Precoces arrugas surcaban su rostro, y en sus cabellos y en su barba, negros como la endrina, blanqueaban bastantes hilos de plata. Morsamor era más joven, pero aparentaba tener más de cuarenta años. Tú resplandeces ahora en juventud lozana. Acaso no hayas cumplido aún los veinticinco. Entiendo, pues, que no eres el hijo, sino el nieto de mi salvador y amigo de tu mismo nombre. Permíteme que reanude contigo los lazos de aquella amistad, que te pague la deuda de mi gratitud y que estrechamente te abrace.

Morsamor se dejó abrazar y abrazó también con efusión á Duarte de Mendaña, recordando el beneficio que le hizo, aunque aceptando que el bienhechor no había sido él, sino su abuelo.

—Así es mejor— dijo Tiburcio riendo y por lo bajo.— Así te triplicas y de tí mismo te forjas antepasados. Así te asemejas á cierto mercader que el Padre Ambrosio conoció en Roma, de quien contaba que se hizo retratar en escultura y en pintura, con trajes de todas las edades, hasta de aquella en que florecieron los Scipiones y los Favios. Con tan buena maña se formó larga serie de progenitores ilustres.

Como quiera que ello fuese, el reconocimiento que Duarte de Mendaña hizo de Morsamor, le sirvió de mucho, allanó dificultades, dispipó recelos é hizo que el Rey le hablase y le recibiese en su corte.

V

Recibidos ya en la corte Morsamor y su doncel Tiburcio, lograron pronto ser estimados y queridos.

Las fiestas de todo género se sucedían entonces sin un momento de descanso. El Rey quería celebrar el concertado enlace de su hija la Infanta doña Beatriz con el Duque de Saboya, y anhelaba deslumbrar á los embajadores de aquel

potentado, que iba á ser su yerno, con el lujo, la magnificencia y el esplendor de la capital de sus dominios. El tiempo volaba sin sentir en medio de tantos deleites. Hubo brillantes saraos, festines, cacerías y giras campestres variadas y amenas.

Tiburcio, que era muy alegre y decididor, divertía y regocijaba á las damas y tenía con ellas mucho partido. No alcanzaba tanto favor con los hombres. Tal vez le envidiaban muchos. Tal vez se dolían otros de la insolente suerte con que les ganaba el dinero cuando jugaban á los dados.

De todos modos, aunque era muy lucido el papel que Tiburcio hacía, Morsamor se le adelantaba en lucimiento y obtenía aplausos mayores.

Muy celebrado fué Tiburcio por la serenidad y la destreza con que en una montería á caballo, hirió con su rejón un enorme y espumante jabalí, dejándole muerto. Pero Morsamor aún fué más aplaudido, porque, en cerrado coso, á caballo, y armado también de frágil bastón en cuya extremidad había acicalado hierro, lidió y mató bravos toros entre las entusiastas aclamaciones de caballeros y de damas.

Sin duda entonces hubo de prendarse de Morsamor doña Sol de Quiñones. Lo cierto es que él se prendó de ella, hizo gala de que la servía y vistió sus colores.

Cuando se dispuso que hubiese también algo á modo de justas, donde los caballeros luciesen su habilidad en varios ejercicios á la jineta, corriendo sortijas y tirando bohordos, Morsamor quiso tomar parte en las justas y lucir en ellas una empresa significativa de los sentimientos amorosos que doña Sol le había inspirado.

Consultando sobre el caso á Tiburcio, que de todo entendía, Tiburcio hubo de decirle que no le parecía mal su propósito, con tal de que la empresa no fuese sobrado jactanciosa, ni tampoco muy clara ni muy obscura, sino dotada de la discreción conveniente y con lema, mote ó divisa de notable concisión y más bien en latín que en idioma moderno.

Tiburcio añadió luego:

—Esto de las empresas es usanza muy agradable y muy seguida en el día. No hay príncipe, ni monarca, ni valiente y enamorado caballero que no guste ahora de salir luciendo alguna empresa, ya en su sobreveste, ya en su bandera ó estandarte, ya en la cimera de su yelmo. Algunas de estas empresas han sido y son muy celebradas por el tino y primor con que expresan el pensamiento, la intención ó el valer de quien las usa. De aquí que varones muy doctos no han desdeñado inventarlas, sino que lo han tenido á mucha gloria. De Antonio de Nebrija, egregio maestro en Castilla de letras humanas, se cuenta

que inventó la empresa del Rey D. Fernando el Católico, la cual era el nudo gordiano, desbaratado y roto por la mano y espada de Alejandro, con un letrero que decía: *Tanto monta, ó sea que es lo mismo romper que desatar*. Y más tarde el Sr. Luis Marliani, Obispo de Tuy y médico y matemático insigne, inventó empresa todavía mejor, para el César Carlos V, reemplazando el eslabón de Carlos el Atrevido, Duque de Borgoña. Y fué y es la tal empresa la representación de las columnas de Hércules, con esta letra: *Plus ultra*; breves, elocuentes y sublimes palabras, que evocan en la mente de quien las lee la inmensidad del Océano, las islas y los continentes incógnitos, el nuevo mundo en suma, descubierto y dominado por la tenacidad, la osadía y la ventura de los hijos de Iberia. Empresas políticas son éstas; pero también los galanes enamorados han solido inventar en ocasiones muy graciosas y gentiles empresas. Veamos si á ti se te ha ocurrido alguna que merezca elogio y que convenga á tus fines.

Morsamor contestó:

—En verdad, se me ha ocurrido una empresa, que me parece bien. Si peca por algo, es por ser sobrado clara. Pongo yo un campo dividido en quifiones ó suertes, pero que nadie puede cultivar ni gozar porque le rodea una salamandra que en torno del campo se enrosca. Y en el

centro hay un sol de oro cuyos rayos enamoran á la salamandra á par que la queman. Y de la boca de la salamandra sale una cinta que va hacia el sol y lleva este escrito: *En ti vivo, muero y ardo*.

Tiburcio no pudo menos de hallar la empresa sutil é ingeniosa; pero como era muy franco y decía su parecer sin rodeos y aconsejaba con toda libertad, habló á Morsamor de esta suerte:

—De perlas encuentro yo todo eso. He de permitirme, no obstante, hacer algunas observaciones, y aún he de atreverme á aconsejarte y amonestarte, pues aunque novicio y más joven que tú, soy como el apoderado y representante del sapientísimo Padre Ambrosio, en cuyo nombre hablo. Declaro, pues, en su nombre, que estos enamoramientos son un tanto cuanto pueriles y pueden ser perjudiciales. ¿Has venido acaso á nueva vida por la virtud pasmosa de la ciencia para volver á las andadas é incurrir (perdóname que así las califique) en las mismas locuras y sandeces de tu vida anterior? Tú te has remozado para acometer grandes empresas que honren y glorifiquen á ti y á todo el linaje humano y no para enamorarte como un bobo de una damisela entonada y cogotuda que acabará por apartarte de sí con melindroso desprecio cuando se satisfaga y harte su amor propio de recibir adoraciones. Si yo creyese como Pitágo-

ras que las almas transmigran y que van sucesivamente informando distintos cuerpos, lo que recelo que pasa en tí, me inclinaria á entender que de nada vale la tal transmigración para el adelanto de las almas. Aunque tuviésemos siete vidas como los gatos, haríamos en la séptima simplezas no menores que en la primera y daríamos idénticos tropiezos y caídas. Nada censuraria yo si se limitasen estos amorios á ser un galante y fugaz pasatiempo, pero los hallo muy mal si son serios. El inaudito esfuerzo que el Padre Ambrosio hizo para remozarte, no debe tener tan mezquino resultado.

—Tu amonestación—contestó Miguel de Zuheros—es infundada y hasta perversa. Blasfemas calificando de sandio y de mezquino al amor, germen fecundo de virtudes y de grandes acciones. Acuérdate de la divina fábula de Esopo. Amor bajó del Olimpo para consolar al linaje humano. En el banquete de los dioses faltó la antigua alegría porque Amor estaba ausente. Amor volvió entonces al cielo y rara vez y muy de pasada acude al mundo, donde sus menores hermanos, hijos de las ninfas, toman su apariencia y le imitan hiriendo las almas vulgares. Pero el verdadero y celeste Amor hiere las almas escogidas, é hiriéndolas, las habilita y dispone para llevar á cabo las más altas hazañas. De este celeste Amor imagino y pretendo yo estar herido. ¿En

qué contraría, en qué desluce ó esteriliza semejante enamoramiento el propósito que pudo tener el Padre Ambrosio al remozarme?

—Mucho podría yo argumentar en contra—replicó Tiburcio.— Para impulso de grandes hazañas, preferiría yo en tí el amor de la gloria, el de la patria, el de todo el humano linaje, el de Dios mismo y no el de una mujer cualquiera. Tal amor tiene no poco de idolatría. Tú te le finges espiritual y alambicado, mas yo sospecho que no lo es. Yo le creo nacido del consorcio de tu vanidad mundana con cierto prurito que proviene sin duda de que al Padre Ambrosio se le fué la mano cuando compuso la poción preparatoria que te propinó antes de remozarte, vertiendo en ella en demasia cierto ingrediente: el zumo de las mandrágoras con que Lía apartaba á Jacob de Raquel y le atraía á su regazo.

—Inverosímil parece—interpuso Morsamor— que tú, siendo tan mozo, dudes de lo verdaderamente poético ó más bien lo niegues, entregándote á cavilaciones diabólicas.

—¿Quién sabe?—dijo Tiburcio.— Posible es que tenga yo algo de diablo, pero, aun así, yo sería siempre un diablo muy puesto en razón y muy juicioso.

Sin enojo oyó Morsamor las amonestaciones de Tiburcio, pero no atendió á sus consejos y

siguió pretendiendo y rindiendo culto á doña Sol de Quiñones.

En las justas figuró con brillantez y lució la empresa que él mismo, nos ha descrito.

Hubo en palacio otra magnífica fiesta. El egregio poeta Gil Vicente había compuesto un auto alegórico y mitológico para celebrar la boda de la Infanta y deseársela toda ventura en su viaje á los Estados de su esposo. El auto se representó en palacio con gran lujo y primor en los adornos y vestimentas de cuantos farsantes figuraron en él.

Nada menos que la Divina Providencia toma las convenientes medidas y lo apercibe todo para que la navegación de la recién desposada sea próspera, decorosa y grata. A este fin llama á Júpiter y le encomienda el asunto. Júpiter entonces convoca y reúne á las divinidades de los mares y de los vientos y con ellas arregla y ordena tan benignamente las cosas que la Infanta pueda llegar al puerto de Villafranca, sana, salva y complacida, como llegó en efecto.

El lindo y candoroso auto de Gil Vicente se titula *Cortes de Júpiter* y fué muy aplaudido por el noble auditorio. Pero, en medio de los aplausos, no faltaron cortesanos y damas que en voz baja hablasen de un sujeto cuya ausencia no extrañaban aunque hacían sobre ella comentarios, tal vez piadosos, tal vez malignos.

Era este sujeto el trovador Bernardin Riveiro, estimado como nuevo Macias. Nadie ignoraba su audacia, su fervoroso amor á doña Beatriz. Y no pocos creían que ella había correspondido á aquel amor con afecto tan puro como vehemente. Por cierta se daba la desesperación de Bernardin Riveiro al ver que iba á ausentarse el alto objeto de su adoración y de su culto. ¿Dónde habría ido Bernardin Riveiro á ocultar su dolor ó más bien á darle en la soledad rienda suelta? Esto se preguntaban los caballeros y las damas, si bien se lo preguntaban como profundo misterio que todos sin embargo sabían. De lo que tal vez se dudaba era de si compartía doña Beatriz la pena del trovador, de si engreída con la pompa nupcial y con su triunfo, no se cuidaba de aquella pena ó de si la convertía en su corazón en melancolía suave, en algo á modo de ensueño dulce, triste y vago que la brillante realidad iba desvaneciéndose como se desvanece la pálida luz de las estrellas ante el alegre esplendor de la rosada aurora.

Como quiera que fuese, la Infanta doña Beatriz, acompañada de los embajadores, de su esposo y de gran comitiva de damas y de señores ilustres de la primera nobleza de Portugal, partió al fin de Lisboa para Villafranca de Niza. El Rey, su padre, y la señora Reina fueron embarcados hasta el convento de Belén para despedirla. Y

de allí zarpó la magnífica armada de dieciocho bajeles, tan poderosos y bien artillados que, como dice Gil Vicente en su auto, no podían menos de hacer temblar al turco.

A poco de la partida de la Infanta doña Beatriz, la corte se fué á Cintra, deliciosa residencia de verano.

Morsamor, como galán forastero, siguió á la corte, acompañado de su doncel Tiburcio.

Aún no hermo세aban á Cintra los espléndidos bosques de camelias que le prestan hoy tan singular atractivo. En la más elevada cumbre de sus montes no resplandecía aún restaurado el castillo que llaman de la Peña, donde el maravilloso ingenio artístico del Rey D. Fernando, consorte de doña María de la Gloria, ha mostrado su inspiración y lucido su inventiva, labrando la piedra con mil primorosos caprichos y dando ser á un extraño monumento arquitectónico que más que de hombres parece vivienda de silfos y de hadas.

Cintra, no obstante, era entonces tan encantadora como en el día. Aquellos cerros, que estriban en el Atlántico y forman el promontorio más occidental de Europa, parecían tener, en edad de tanto predominio y triunfo de los portugueses, un simbólico significado; eran el trono de flores y de perenne verdura, donde había venido á sentarse el Genio de Portugal para

derramar luz sobre el Mar Tenebroso, abrir nunca hollados caminos y extender su conocimiento y su dominación por los más apartados países y entre los más diversos pueblos.

Flora y Pales han prodigado sus tesoros en aquellos sitios. Arroyos de agua cristalina fecundan por donde quiera el suelo y dan grata frescura al ambiente, embalsamado por la esencia olorosa de una vegetación exuberante. Árboles lozanos y gigantescos crecen hasta en los más elevados picos, arraigan hasta en las hendiduras de las peñas y forman enramadas y verde bóveda sobre los mil senderos y veredas que cruzan los valles y que serpentean por la falda de los cerros, dibujándose como bordado de oro sobre el florido manto y sobre la mullida alfombra de hierba fresca que por todas partes se extiende.

Además del regio alcázar, ya había entonces en Cintra no pocos palacios y quintas de particulares ricos y no faltaban hospederías donde los extranjeros pudieran albergarse.

VI

Doña Sol y algunas otras damas de palacio habían acompañado á la Reina á Cintra. Natural era que hubiesen acudido allí también los galanes que á estas damas servían.

Algo me incumbe decir aquí de que me pesa

por dos razones. Es la primera, que lo que yo diga como historiador verídico redundará quizás en menoscabo, aunque ligero, de la alta opinión que de doña Sol debe tenerse. Y es la segunda que no acierto á decirlo, sin grandes rodeos y perifrasis, á no valerme de términos ó vocablos disonantes por su anacronismo.

Nadie ignora en el día lo que significa *coquetear*. Otro verbo novísimo se va introduciendo ya en nuestro idioma, verbo que no sé bien si expresa la misma acción del coqueteo ó si tiene un leve diferente matiz, que se opone á la completa sinonimia. *Flirtear* es el verbo novísimo.

Permitaseme, pues, que, desechando mis escrúpulos morales y lingüísticos, me atreva á declarar aquí que doña Sol era muy inclinada á coquetear ó á *flirtear* y que con Morsamor había coqueteado ó *flirteado* mucho.

El anhelo de ser servidas y adoradas es tan poderoso en las mujeres, aun en las más recatadas y honestas, que las mueve á atropellar muchos respetos y á ponerse en ocasión de graves dificultades y compromisos.

Sin duda no fué amor lo que Miguel de Zuheros inspiró á aquella dama: fué sólo sobrada y muy poética estimación de su gallarda postura, elegancia, bizarría y ameno trato. Pero, al distinguir á Morsamor con inocentes favores, al atraerle con blandas sonrisas y con apenas per-

ceptibles, fugaces y dulces miradas, y al mostrarse con él más conversable y benigna que con los otros hombres, doña Sol hizo que él se engriese y se juzgase correspondido. Doña Sol entonces hubo de asustarse de su poca prudencia, y deseosa sin duda de cortar las alas á los atrevidos pensamientos que ella misma había hecho nacer en el alma de Morsamor, apeló á un recurso, empleado con harta frecuencia, aunque por demás peligroso. Para que Miguel de Zuheros reconociese que no era amor lo que por él sentía, sino gratitud á sus rendimientos y obsequios y cierta vaga é indecisa predilección doña Sol atrajo y cautivó, aunque con menos marcados favores, con menos blandas sonrisas y con miradas menos dulces y más fugaces, á otro caballero de los que en la corte asistian.

El remedio fué peor que la enfermedad. El nuevo galán semi-favorecido fué Pedro Carvalho, hidalgo poco sufrido y en extremo orgulloso por las riquezas y por la fama de valiente soldado que de la India había traído. Pedro Carvalho era además infatigable emprendedor en conquistas amorosas de todo linaje. Con igual ahinco acometía la más fácil como la más difícil empresa, y ya le hemos visto aparecer en esta historia acompañando á la célebre aventurera italiana Donna Olimpia de Belfiore.

Con gusto entró Pedro Carvalho en más árduo

y noble empeño. Y sobre el contento y la satisfacción de amor propio que por enamorar á tan bella é ilustre dama se prometía, hubo de prometerse también desbancar y humillar á aquel castellano intruso, á quien sin saber porqué, puede ser que por envidia, había cobrado odio desde que le vió por vez primera.

Pedro Carvalho, no obstante, distó mucho de conseguir su propósito. Doña Sol no le favoreció sino hasta el punto de hacer notar que su afecto hacia Morsamor no era exclusivo, y siguió otorgando á Morsamor favores más marcados y preferencia más clara.

Así acrecentó y emponzoñó doña Sol en el alma de Pedro Carvalho el enojo que Morsamor le inspiraba. Y como Pedro Carvalho era poco circunspecto y muy jactancioso y no sabía refrenar la lengua, habló en varios sitios y con no pocas personas, contra el aventurero castellano y hasta llegó á decir que le provocaría, le retaría y le daría muerte.

Nadie, por fortuna, llevó á los oídos de Morsamor tales fieros y jactancias. Pero la Reina, con la propia condición de mujer, y más aún de la que vive retraída y desocupada, se complacía en saber todas las intrigas y sucesos, sobrando siempre damas de la servidumbre que se empleasen á porfía en averiguarlos y en contárselos luego.

Pronto, pues, supo la Reina la rivalidad de Pedro Carvalho y de Morsamor, así como las coquetterías de doña Sol que la habían causado. La Reina no tardó entonces en reprender severamente á su dama favorita. Doña Sol se arrepintió, lloró y prometió enmendarse. Hizo examen de conciencia y creyó sacar en limpio del examen que no amaba aunque agradecía; que la habían deleitado y lisonjeado el acatamiento y las finuras amorosas de ambos galanes, pero que no estaba prendada de ninguno de ellos y que sin pena quería y podía despedir al uno y al otro.

Entre tanto, en Cintra no era como en Lisboa. En Cintra no había en palacio grandes fiestas, sino íntimas reuniones.

Morsamor y Pedro Carvalho no eran de los íntimos, no iban á palacio y en balde procuraban acercarse y hablar á doña Sol, á quien sólo veían rara vez y desde lejos.

No por eso desistían ellos de sus pretensiones. Muy pertinaces y tercos eran los dos. La Reina acabó por enfadarse de encontrarlos siempre á su paso cuando salía del alcázar é iba á cualquiera parte. El temor de que sobreviniese un conflicto aumentaba su enfado.

La Reina volvió entonces á reprender á doña Sol y ésta alegó que ya no tenía culpa. Y al cabo para mostrar mejor que no la tenía y para lograr que acabasen aquellos obstinados galanteos, con-

certó con la Reina el medio que le pareció más prudente.

Doña Sol no podía escribir decorosamente á ninguno de los dos galanes ni para despedirlos siquiera. El encargado de todo, por la Reina misma, fué el anciano Duarte de Mendaña, que tenía empleo en palacio y que había sido el que introdujo á Morsamor en la corte, según ya referimos.

Duarte de Mendaña se apresuró á cumplir con su comisión. Visitó primero á Pedro Carvallo, le enteró del enfado de la Reina y en nombre de su Alteza y con pleno y libre consentimiento de doña Sol, le intimó que desistiese de sus pretensiones y persecuciones.

Duarte de Mendaña, más severamente aún y con no menor recato, habló con Morsamor, le robó de parte de doña Sol toda esperanza de ser amado de ella y le exigió que no siguiese pretendiéndola.

Grandes fueron el pesar y la rabia de Morsamor luego que recibió tan mal recado.

Con descompuestos ademanes, el entrecejo fruncido y crispados los puños, acudió Morsamor á su confidente Tiburcio para desahogarse hablando del caso.

VII

Con entrecortadas y rápidas frases refirió Morsamor á Tiburcio su conversación con Duarte de Mendaña.

Luego añadió Morsamor:

—Ya ves cuán cruel ha sido mi desengaño. Casi me arrepiento de haber querido volver á ser joven. Viejo y retirado del mundo, ni yo me enamoraba de nadie ni nadie me desdeñaba. ¿Qué puedo yo ser en esta nueva vida sino el arrendajo miserable, la mal trazada copia del pobre Bernardín Riveiro?

—Cálmate, Miguel, y no imagines que debes ser copia de original tan menguado y atribulado. Yo topé con él varias veces y me dió lástima y grima el verle. Ya iba cruzando por entre las breñas é internándose en lo más esquivo, ya emulando con las cabras monteses, saltaba por esos vericuetos. Dos ó tres veces pasó cerca de mí y me causó horror. Rota y manchada la vestidura y enmarañado el cabello, más parece fiera que hombre. Seguro estoy de que en las venideras edades no han de creer y han de negar los críticos juiciosos estos ridículos desatinos; pero yo los he visto y no puedo negarlos. Bernardín Riveiro, por otro lado, tiene algún fundamento para hacer lo que hace. La Infanta ha-

bía correspondido á su pasión; le había querido y había dejado de quererle, pues se casó con otro. Tú distas mucho de hallarte en el mismo caso. Ni doña Sol es Infanta, ni doña Sol te ha querido nunca, ni inspirado tú por doña Sol has de escribir églogas, canciones, romances é historias en prosa que te inmortalicen. Dado que le imitases, sólo imitarías á Bernardín Riveiro en lo tonto. Serías la víctima candorosa de ciertas invenciones poéticas, falsas ó exageradas, que deleitan mucho en el día, como, por ejemplo, la famosa *Questión de Amor*. Indigno de tí y más que ridículo sería que te empeñases en traer á la vida real los ensueños de la fantasía y en convertir las flores retóricas en hechos. Bien está que se diga:

El primer día que os ví
tan mortal fué mi ferida
que en veros quedé sin vida
y el vivir se vió sin mí.

Y todavía me parece mejor, más alambicado y más agudo, aquello otro que con tantas variantes suele repetirse:

Morir á vivir prefiero;
y de tu beldad cautivo,
ó no vivo porque vivo
ó muero porque no muero.

No creas que no me deleitan estas y otras coplas parecidas. Son muy ingeniosas. Pero del dicho al hecho, hay gran trecho. Y el Padre

Ambrosio tendría una desazón enorme si viese frustrado el buen éxito de su ciencia pasmosa y que no había valido el remozarte sino para que tú hicieses sin razón la parodia de Beltenebrós en la Peña pobre. Si es verdad lo que se refiere de D. Enrique de Villena, yo me complazco en esperar que no salga jamás de la redoma á vivir segunda vida para incurrir en las mismas necedades que hizo en la primera. Escarmienta tú en el caso del monge Teófilo, cuya historia nos refirió el poeta Berceo, y escarmienta en otros casos de algunos sujetos que ya se remozaron con el auxilio del demonio y no disparates como ellos disparataron. Considera que tú tendrías menos disculpa, porque no te has dado al demonio como se dieron ellos y porque esta juventud nueva, que te ha caído encima como llovida del ciclo, no se debe á Satanás, sino á ciencia y arte muy sanas. Indispensable es, por consiguiente, que tú te conserves sano también, que mires por tu gloria, que aproveches la ocasión que de alcanzarla se te ofrece y que no hagas muchas tonterías. Lícito te será, á mi ver, hacer algunas, por distracción y como de pasada, pero tu mira principal debe ponerse muy alto.

—Tan conforme estoy contigo en lo esencial —dijo Morsamor— que tu sermón es inútil porque predicas á un convertido. Antes que todo

y sobre todo yo quiero gloria y harto sabes tú cuan dispuesto y apercebido estoy á buscarla. Concertado lo tengo todo con los ricos mercaderes genoveses Gabriel Adorno y Gaspar Salvago. La gruesa nave que ellos han fletado y con real privilegio han cargado de mercancías nos aguarda ya en Cascaes, pronta á zarpar para la India. Las direcciones náutica y mercantil están encomendadas por dichos mercaderes á un hábil piloto y á un administrador inteligente, pero yo he de ser el verdadero capitán de la nave y el que gobierne y ordene en ella cuanto importe á la defensa de las riquezas que conduce y cuanto sea menester para castigar y arrollar á los enemigos de la fe de Cristo, mahometanos ó idólatras, que se atraviesen en nuestro camino. Iremos con la expedición que manda á Oriente el Rey D. Manuel y estaremos á las órdenes de su almirante y de su virrey, pero gozaremos de cierta independencia que yo sabré hacer mayor cuando conviniere. Acaso mañana mismo nos podremos ya dar á la vela. ¿Qué inconveniente hubiera habido en que yo, en vez de salir desdeñado, saliese alentado por el favor de una dama, señora de mis pensamientos, por sus promesas de ser mía cuando yo volviese triunfante y por el anhelo de acometer y dar cima á grandes hazañas para poner á sus pies mis laureles y mis trofeos?

—Bello era tu plan—replicó Tiburcio—pero de falsa y vana belleza. Un gran propósito se empequeñece cuando se subordina á fin pequeño. Por la patria á que perteneces, por la raza de hombres, cuya religión, cultura y lenguaje sostienes y defiendes, por amor de todo el humano linaje, por el afán de lograr altos fines á que puedes creerte como fadado y predestinado, comprendo que no haya empresa á que no te aventuras; comprendo que todas ellas sean sublimes por la elevación del término que tú les busques. Pero, si todo se hace por lisonjear la vanidad de una dama, todo será también vanidad y lisonja, y nada serio habrá en ello ni digno de varón discreto y prudente. Extraños fueron á los sandios enamoramientos que tú fantaseas los héroes sanos de cuerpo y de alma que hubo en las antiguas edades. Y si por acaso caía alguno de ellos en sandez por el estilo era para su vencimiento y vergonzosa desventura. Sirvante de lección la vida y los amores de Marco Antonio y Cleopatra, que habrás leído ó habrás oído referir á personas doctas.

—Juiciosa es la doctrina que expones—interpuso Miguel de Zuheros.—No atino á contradecirla ni á disputar contigo. El corazón, no obstante, puede más que la cabeza. Y no bastan todas tus reflexiones, que hago mías, para que deje yo de lamentar la pérdida de la ilusión que

me había forjado: que el recuerdo de doña Sol fuese como la estrella que me guiase en mis peregrinaciones, y que mi amor y mi esperanza de ser amado me prestasen aliento para dar cima á las proezas más altas. Te confieso que la pérdida de esta ilusión me tiene harto triste, aunque me esfuerzo para no estarlo.

—Bueno será—dijo Tiburcio—que sacudas de tí esa melancolía. El abatimiento y la tristeza enervan á los hombres y los incapacitan para todo. Menester es que tu ánimo se regocije. No se riegan con lágrimas los laureles. La alegría es quien mejor cuida de ellos y hace que florezcan lozanos.

VIII

De acuerdo con lo ya expuesto, el previsor y hábil Tiburcio lo preparó todo de la manera más conveniente, para que la partida de Morsamor no fuese con lágrimas humillantes y amargas, como nacidas de desdenes, sino con alegría, y hasta con cierto estrépito y alborozo según á un héroe y futuro conquistador correspondía y cuadraba.

Tiburcio era un hurón para descubrir y acosar su presa, por muy borrado que el rastro quedase en la pista y por muy oculta que fuese la madriguera.

No acertaremos á explicar con qué arte diabó-

lico Tiburcio había averiguado que al anochecer del día anterior dos gentiles damas, conocidas suyas, habían llegado á Cintra muy recatadamente, y habían ido á instalarse en una hermosa casa de campo que allí poseían los señores Adorno y Salvago.

La casa estaba lejos de la población, en lugar retirado y esquivo, más allá de la sombría quinta que fué más tarde de D. Juan de Castro, y en amenísimo valle, camino de Colares.

Los genoveses, viudo el uno y solterón el otro, aunque eran ambos de edad provecta, enemigos del escándalo y muy inclinados á la devoción, gustaban de echar de vez en cuando una cana al aire, sin perder su grave circunspección y con la debida cautela. En aquellos días, estaban afanadísimos con los preparativos y el embarque de víveres y de otros bastimentos que por contrata debían hacer y que hacían para la salida de la flota.

No bien ésta se diese á la vela, se proponían ellos reposar de sus fatigas y recrearse y holgarse en su retiro campestre, con un idilio delicioso y bien concertado. A este fin, enviaron por delante, para que lo tuviesen todo dispuesto y los aguardasen nada menos que á donna Olimpia de Belfiore y á su compañera Teletusa. Ambas, se comprometieron con gusto y fueron á esta excursión.